

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

Miguel León-Portilla

“Introducción”

p. 1-10

Miguel León-Portilla

*Cartografía y crónicas de la Antigua California*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2001

210 + X p.

Figuras

ISBN 968-36-8969-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/249/cartografia\\_cronicas.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/249/cartografia_cronicas.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



# I N T R O D U C C I Ó N





Tema de este libro es la historia de la cartografía de la antigua California y las crónicas con ella relacionadas. Pero siendo por sí mismo tal asunto de gran interés, hay otro aspecto que le confiere significación de alcances universales. Tiene que ver éste con los afanes del hombre europeo, sobre todo desde la época del Renacimiento, empeñado en alcanzar una *imago mundi* que reflejara cada vez mejor la realidad del planeta en que vivía.

A partir del encuentro de los europeos con el Nuevo Mundo en 1492, fue largo el proceso que los llevó a conocer el cabal perfil geográfico de esas “islas y tierra firme” a las que habían llegado. La cartografía que se fue elaborando en los siglos XVI al XVII, muestra que sólo paso a paso se perfiló la deseada imagen geográfica y que en ella se introdujeron errores muy difíciles de superar.

La gran cuestión de si el Nuevo Mundo estaba unido o no al continente asiático, cuya elucidación tanto interesó a cuantos siguieron en pos de lo alcanzado por Colón, es precisamente asunto clave, en estrecha relación con nuestro tema. Basta con asomarse a la cartografía del Nuevo Mundo, y del orbe en general, producida en los mencionados si-

glos, para percatarse de que la incógnita perduró mucho tiempo, localizada justamente en el ámbito noroeste del continente americano. En algunos mapas se mira allí una gran península de perfiles imprecisos, en tanto que en otros aparece una enorme isla cuyo extremo septentrional se representa de muy variadas formas. La incierta entidad geográfica es California, que en algunas cartas se hace llegar incluso hasta la zona polar.

La proximidad de esa California y de otros fantásticos reinos, como los de Totontec, Quivira, Tiguez y Cíbola, con el buscado estrecho de Anián y con el continente asiático, se registra asimismo de múltiples formas. Prueba inequívoca es ésta de que tales regiones septentrionales continuaban siendo en realidad incógnitas. Más de dos siglos y medio de continuados esfuerzos se requirieron para esclarecer el enigma. Tan sólo cuando se conoció a la postre el perfil del noroeste de América fue posible forjarse una más adecuada imagen del mundo. Por esto expresé al principio que el tema de este libro conlleva implicaciones con significación a la luz de la historia universal.

Del ámbito de la geografía imaginaria se tomó el nombre para esa tierra que tanta

fascinación ha ejercido y mantiene viva hasta el presente. En el relato legendario California era una gran isla situada a la mano diestra de las Indias. En la historia de las exploraciones llevadas a cabo por los castellanos en el Nuevo Mundo, California pasó a ser la “isla” o península en la que, el 3 de mayo de 1535, desembarcó nada menos que Hernán Cortés.

La fascinación en torno a California —o si se prefiere, las Californias— está avalada por hallazgos extraordinarios y a veces también por fantasías que se han querido ubicar en ese gran territorio al noroeste del macizo continental de México. La historia de tal fascinación, en muchos aspectos inesperada, abarca por supuesto la larga serie de viajes y exploraciones, reiterados empeños de conocer el perfil geográfico de California y del Nuevo Mundo en su extremo noroccidental. En verdad urgía enterarse de su geografía para completar la *imago mundi* en la cartografía de América y en la totalidad de los mapamundis, planisferios y globos terráqueos. Es obvio que, si era dado delinear una carta geográfica del Nuevo Mundo aun equivocando los límites de cualquiera de sus provincias interiores, en cambio resultaba imposible elaborar un mapa completo y preciso de América, desconociendo las latitudes y longitudes geográficas de California y sin saber a punto fijo si era isla o península.

Por múltiples circunstancias y razones —de las que tratará este libro— no fue fácil, ni alcanzable en poco tiempo, esclarecer el perfil de esa tierra cuyo nombre procedía de un libro de caballerías, *Las Sergas de Esplandián*, de Garci Ordóñez de Montalvo, publicado en Sevilla el año de 1510. La historia se inicia con los intentos de exploración en la mar del Sur emprendidos por Hernán Cortés, que lo llevaron en 1535 a desembarcar, él mismo, en la que llamó Tierra de Santa Cruz (la bahía de La Paz). Pero la historia de las expediciones e investigaciones en torno a las Californias no ha concluido aunque, ya en las últimas décadas del siglo XVIII, se logró el consenso universal de los cartógrafos sobre la verdadera delineación de California. A partir de la pasada centuria se iniciaron nuevas formas de investigación —en especial por estudiosos de los Estados Unidos y en menor grado de Francia, Alemania, Japón y sólo hasta hace poco también de

México— para conocer aspectos tocantes a la geología de la península, incluyendo los recursos del subsuelo, las potencialidades de sus litorales de más de 3,000 kilómetros, su orografía, flora y fauna terrestres y marinas, pobladores prehistóricos, pinturas rupestres y toda suerte de elementos del reino natural, así como las posibilidades de aprovecharlos.

### *Los testimonios base de nuestro estudio*

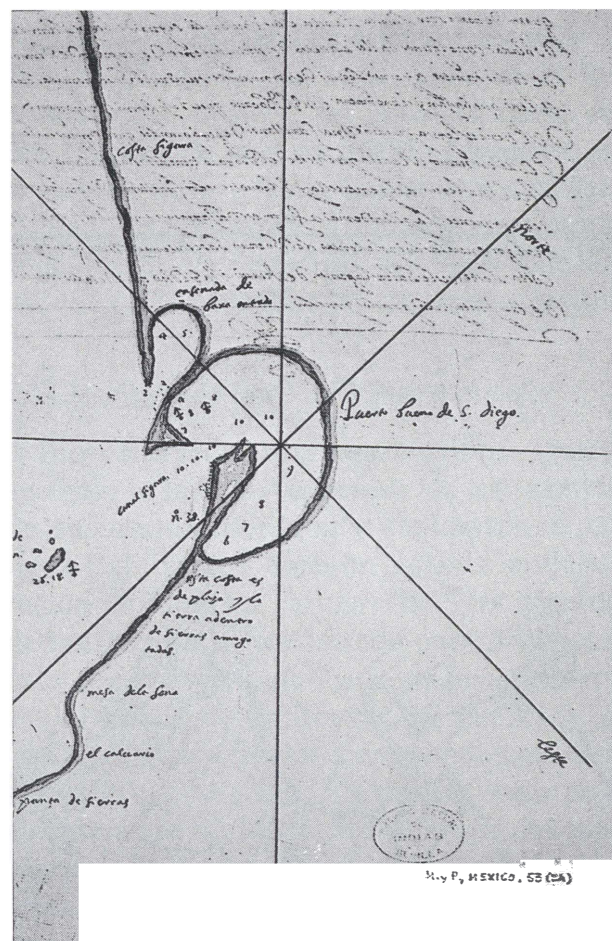
Propósito central del presente libro —como su título lo indica— es reunir los testimonios de quienes descubrieron y exploraron la antigua California e hicieron posible la elaboración de una rica cartografía. Tres géneros de testimonios he encontrado para hacer rescate de la historia de los descubrimientos y exploraciones de California. Mi intención es aducirlos aquí con sus correspondientes descripción y valoración. En primer lugar está el testimonio de los relatos, diarios, derroteros, informes y crónicas, de quienes fueron actores principales en las entradas a esa tierra o en las demarcaciones y bojeos, navegando a lo largo de sus costas. El gran conjunto de esos relatos integra una literatura en verdad fascinante. Podría decirse que aquello que narran los viejos libros de caballerías o los modernos de viajes y aventuras, se queda corto ante la palabra henchida de vida de esos exploradores que comunican lo que realmente contemplaron en el país de las perlas, de las grandes bahías, playas abiertas o escarpados litorales, tierra de cactus, rocosas montañas y vegetación a veces desconocida, como en el caso del famoso árbol que llamaron *cirio* y hoy se conoce también con el solemne nombre de *Idria Columnaris*.

Abundante en extremo es el conjunto de estos relatos, testimonios todos de primerísima mano, debidos a capitanes, pilotos, religiosos, corsarios, variedad de gentes que se acercaban a la California por interés de lucro o para salvar almas de gentiles o con propósitos científicos, descubrir puertos, erigir defensas, facilitar el comercio con el Asia y aun llegar a descubrir el tan buscado paso del norte, el estrecho de Anián que debía comunicar los dos océanos. Con apoyo en esta rica serie de escritos que hablan de descubrimientos y exploraciones en California, pudieron elaborarse luego los otros dos géneros de testimonios que aquí nos interesa también reunir.

Las cartas y mapas, preparados precisamente por quienes habían llevado a cabo las exploraciones, constituyen el segundo género de nuestras fuentes. Consta que, al descubrir y explorar a lo largo de los litorales o penetrando en la tierra, además de consignar la relación de lo que se había observado, importaba sobremanera elaborar también, de ello mismo, una o varias cartas o mapas. Aunque es cierto que no se han conservado testimonios de este segundo género provenientes de la totalidad de los viajes de descubrimiento o exploración, se conoce al menos un cierto número a partir del primerísimo mapa del extremo sur de California, incluido en un legajo en el Archivo General de Indias, en Sevilla, que acompaña a otros papeles de Hernán Cortés, testimonios de su toma de posesión de la tierra de Santa Cruz en 1535. Otros mapas y cartas se conservan, obra asimismo de quienes fueron parte en las penetraciones por mar y tierra. Entre ellos están las treinta y seis demarcaciones de puertos, ensenadas, e islas, elaboradas por el cosmógrafo Enrico Martínez con base en lo aportado por la expedición de Sebastián Vizcaíno en 1602. También pueden mencionarse aquí los mapas levantados como consecuencia de las repetidas entradas al norte de la California y hacia las bocas del río Colorado hechas por algunos esforzados jesuitas como Eusebio Francisco Kino, Juan de Ugarte, Fernando Consag y Wenceslao Linck.

En el presente libro se reproducen, al lado de textos claves de las crónicas, varios de los planos y cartas elaborados por quienes cumplieron tales misiones de exploración. Así, este segundo género de testimonios se aduce como complemento indispensable de los escritos que integran la primera categoría, ilustrándolos, según sus mismos autores se lo propusieron.

También en estrecha relación con esos testimonios se halla el más abundante de todos y que constituye el tercer género de los que aquí se describen y valoran. De él forman parte los mapas, pertenecientes todos a la cartografía universal en los que, de diversas maneras, se fue dejando constancia de lo que se sabía, se suponía o se fantaseaba con respecto a California. Precisamente porque la imagen de tan vasta porción del noroeste mexicano hubo de incluirse en toda delineación del perfil geográfico del Nuevo Mundo, es



**Figura 2.** Muestra de un testimonio cartográfico, resultado directo de la expedición de Sebastián Vizcaíno en 1602. Se trata de la demarcación del puerto de San Diego, hecha por Enrico Martínez. A la izquierda se ve el grupo de las islas Coronadas. El original se conserva en el Archivo de Indias, Sevilla.

muy grande el número de testimonios cartográficos que al respecto podrían aducirse.

A todos los grandes cartógrafos de los tiempos modernos, que desde el siglo XVI se esforzaron por consignar en sus obras una imagen precisa y completa de las tierras descubiertas en el Nuevo Mundo, les interesó de modo especial obtener testimonios fehacientes sobre la realidad geográfica de California. Consideraban que la misma se hallaba estrechamente relacionada con el debatido asunto del estrecho de Anián, la separación o cercanía de Asia y América, las rutas de navegación a las Filipinas, Japón, China y los avances hacia los ponderados reinos situados al septentrión de la Nueva España, las famosas Siete Ciudades, los reinos de Cíbola y Quivira. Nada tiene, por tanto, de extraño que, ya desde la década de los años cuarentas del siglo XVI, el fascinante misterio de la Ca-

California se tornara visible, de múltiples formas, en la cartografía universal. Como habremos de verlo, los mapas que se fueron publicando, obra de los grandes cartógrafos de Italia, Holanda, Francia e Inglaterra, vinieron a ser un reflejo de lo que se consignaba en los relatos de primera mano y en los mapas debidos a los mismos exploradores. Extraña parecerá la no inclusión de España entre los países en que se elaboraban y publicaban tales mapas. Por una parte debe reconocerse que, si bien se debieron a españoles las demarcaciones, derroteros y cartas de navegación derivadas precisamente de las exploraciones emprendidas por ellos, por otra, resulta obvio que mucho importaba para la seguridad de los dominios hispánicos impedir, hasta donde fuera posible, que las potencias rivales tuvieran acceso a conocimientos fehacientes en relación con las tierras que se iban descubriendo.

Debido a esto último era muy difícil para los cartógrafos sobre todo de Holanda, Inglaterra y Francia, allegarse la información que mucho les interesaba obtener. De modo especial, respecto de California, las noticias que lograron esos cartógrafos se debieron tanto a otros viajes de exploración, como el tan citado de Francis Drake en 1577-1579, o a actos de piratería en los que personajes como Thomas Cavendish pudieron apoderarse de derroteros y otras cartas al capturar embarcaciones españolas. Una muestra la tenemos al producirse la captura del galeón Santa Ana en el extremo sur de California, es decir en Cabo San Lucas, en 1587, por obra precisamente del referido Cavendish. Otras noticias de los descubrimientos llevados a cabo por españoles, entre ellas las de varias demarcaciones a lo largo del litoral californiano, se filtraron asimismo a través de espías que se asomaban por la Casa de Contratación en Sevilla. El hecho es que, a pesar del comprensible celo español por ocultar toda información referente a tierras y mares descubiertos, los cartógrafos italianos, holandeses, franceses e ingleses, pudieron consignar en sus mapas buena parte de lo que las exploraciones iban revelando. Así —sobre todo en los casos en que los levantamientos originales de planos y cartas nos son hoy desconocidos— hemos de acudir a las producciones de los referidos cartógrafos europeos para conocer cómo los sucesivos descubrimientos

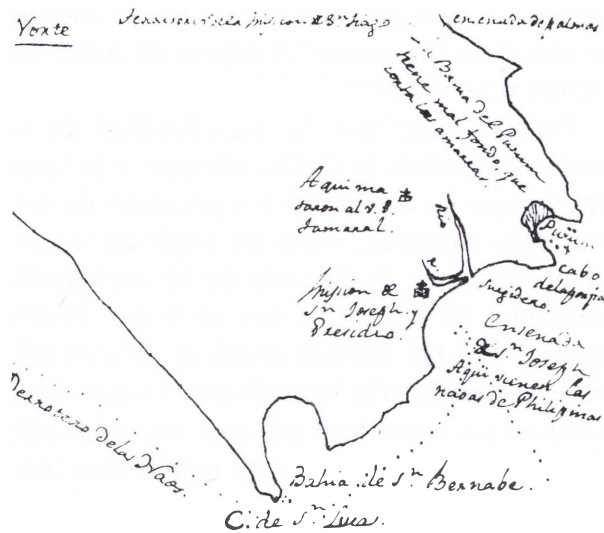
modificaron, una y otra vez, la *imago mundi*, lo que ellos llamaron “el espejo de todas las tierras del mundo”.

Precisamente por la peculiaridad de su perfil geográfico, la California que, a lo largo del tiempo se descubrió y representó de formas muy distintas, tiene un lugar de interés excepcional en la historia de la cartografía universal de los siglos XVI al XVIII. Podría decirse que las formas como se delinea ella en esa cartografía constituyen rasgos diagnósticos para precisar muchas veces no sólo fechas de elaboración de los mapas sino también las diversas relaciones de interdependencia entre los varios cartógrafos y aun su acuciosidad, perceptible a veces en una delineación de California que revela la consulta de crónicas y aun mapas de primera mano, es decir derivados directamente de las exploraciones.

Del gran cúmulo de mapas de esta cartografía producida en Europa, he seleccionado, para su reproducción en este libro, sobre todo aquellos que marcan momentos clave en el conocimiento y también en las fantasías que llegaron a forjarse respecto de la antigua California. La reproducción de esas muestras cartográficas va acompañada de indicaciones sobre la influencia que ejercieron en la elaboración de otros mapas. No pretenderé, como es obvio, elaborar elencos exhaustivos de tales formas de influencia cartográfica de unos autores con respecto a otros ya que tal intento implicaría esbozar una historia de la cartografía universal durante los tres mencionados siglos.

#### *El presente libro y las aportaciones de otros investigadores*

Importa precisar el enfoque y propósito de este libro. Desde luego en él he tomado en cuenta las aportaciones de muchos investigadores. Mencionaré tan sólo a algunos de los que han trabajado en nuestro siglo. Entre ellos sobresalen Woodbury Lowery, Erik D. Dahlgren, Herbert E. Bolton, Julio Guillén y Tato, R.V. Tooley, Ernest J. Burrus, Álvaro del Portillo, Enrique Cárdenas de la Peña y W. Michael Mathes. Lugar aparte tiene Henry R. Wagner, a quien se deben, entre otras, dos obras fundamentales, *Spanish Voyages to the Northwest Coast of America in the Sixteenth Century* (San Francisco, 1929) y *The Car-*



*Este dibujo está tomado sin las medidas correspondientes a cada paraje, y por la especie que me han quedado de quando reconoci esta punta de la California, pero por maion en el dibujo. Desde mayo hasta octubre no quedan aximante estas Bahías y Ensenada las Embarcaciones, porq seyn el viento fuerte, que alborota mucho la mar, y aque estan del todo descubiertas.*

**Figura 3.** Otra muestra de un plano, resultado de observación directa, en este caso preparado por un misionero jesuita en California, el padre Miguel del Barco. Representa a la llamada bahía de San Bernabé, con cabo San Lucas a su izquierda. En el centro se lee “Misión de San Joseph [del Cabo] y presidio”. A la derecha: “Ensenada de San Joseph. Aquí vienen las naos de Philipinas”.

*tography of the Northwest Coast of America to the Year 1800* (Berkeley, 1937).

De manera particular Henry R. Wagner, en la segunda de sus obras citadas, ha reconstruido una parte muy importante en la secuencia de los descubrimientos y exploraciones que aquí nos interesan. Tan sólo que en ese magno trabajo abarca, por una parte, más de lo que aquí nos proponemos, en tanto que, por otra parte, restringe su enfoque a un aspecto de lo que es nuestro tema. Abarca más porque estudia pormenorizadamente la cartografía de todo el litoral del Pacífico norte —es decir lo que a veces llegó a connotarse con el nombre de “las Californias”, desde cabo San Lucas hasta más allá de Nutka—

adentrándose en la descripción e interrelaciones de un gran número de mapas, muchos de ellos mapamundis. En cambio, su enfoque se restringe a la vez en cuanto que se concentra en las exploraciones a lo largo de las costas, concediendo menos atención a las, muy importantes, que se emprendieron por tierra. Además, atendiendo sobre todo a los mapas, sólo en algunos casos presenta el testimonio directo de las crónicas.

En el presente libro se concederá preferente atención a la Antigua o Baja California. Sin embargo, con conciencia del hecho de que los límites que se asignaban a ésta —en el sentido más amplio de “las Californias”, comprendieron por mucho tiempo la Alta y en general todo el litoral del noroeste— tendremos a la vista las navegaciones y penetraciones en su conjunto, como la búsqueda cabal del perfil noroccidental del Nuevo Mundo. Y he de reiterar que interesan por igual las exploraciones realizadas por mar o por tierra. Muy importantes fueron estas últimas —desde la que en 1540 llevó a cabo Melchor Díaz, cruzando el río Colorado cerca de su desembocadura— hasta las del padre Kino en el interior de la península en 1683-1685 y luego en las cercanías del río Gila en 1698-1701, así como las múltiples “entradas” de otros misioneros jesuitas y franciscanos, al igual que de algunos capitanes al servicio de la corona.

En el conjunto de consecuencias derivadas de esas exploraciones por tierra sobresale el reconocimiento definitivo del carácter peninsular de California. Los mapas elaborados por Kino en 1701 y años posteriores, designados por él como del “paso por tierra a California”, marcaron el principio de un cambio radical en la cartografía del Nuevo Mundo. Después de más de medio siglo de incertidumbres, se hacía un más preciso reconocimiento de lo que en la casi totalidad de los mapas del siglo xvi se había ya delineado y después se olvidó: el perfil peninsular de California.

Concebida esta obra como una introducción razonada a las principales fuentes escritas y cartográficas acerca de las exploraciones en torno y en el interior de la Antigua California, se han incluido tanto reproducciones en color de los principales mapas —de la cartografía universal o elaborados por los mismos que penetraron en ella— así como



delineaciones en blanco y negro de otros muchos, presentándolos acompañados de testimonios primarios, debidos a capitanes, pilotos y religiosos. De tales testimonios —por necesidad aducidos selectivamente, aunque en número y selección más amplias que en la obra de Wagner— se proporcionan siempre las correspondientes referencias documentales y bibliográficas. Además, a propósito de cada una de las varias exploraciones, se introducirá previamente a quienes las llevaron a cabo, evocando con enfoque crítico las circunstancias y propósitos de las mismas.

### *El periodo aquí abarcado*

Añadiré —en lo concerniente al ámbito temporal cubierto en este trabajo— que básicamente se circunscribe a los siglos del *xvi* al *xviii*. Ello no obstante, daré cabida a algunos antecedentes, tanto de relatos y otras fuentes escritas, como de las que llamo muestras de la “cartografía pre-californica”. Me refiero a los mapas en los que, en vez de aparecer California, se sitúa en su lugar una isla, con el nombre de *Cipango*, ¡Japón!

Y a su vez, al marcarme como límite los últimos años del siglo *xviii*, lo hago porque no pienso que deban soslayarse todos los acontecimientos que entonces se desarrollaron en estrecha relación con las Californias. Desde la Antigua o Baja se penetró ya en definitiva en la Alta o Nueva y eso ocurrió en la segunda mitad del *xviii*. Y luego, en especial desde la década de los años setentas de la misma centuria, al reavivarse los intereses de conocimiento geográfico y también de índole económica y de penetración de diversas potencias en el ámbito noroccidental del continente americano, cuanto va sucediendo continúa vinculado con la presencia española y mexicana en los asentamientos californianos. Y añadiré que en la *Conclusión* de este libro avanzaré incluso un poco más en el tiempo. No queriendo dejar trunca esta historia, me ocupó allí de reseñar de manera sumaria los acontecimientos —consecuencia muchas veces de ambiciones, intrigas y enfrentamientos internacionales— que determinaron a su vez cambios radicales en la posesión de los enormes territorios, con tan extensos litorales, de las Californias y las tierras al norte de ellas. Y, finalmente, porque este libro ha sido preparado por un mexicano al que interesa cuanto

concierna a México, doy término a la *Conclusión* señalando lo que es y debe ser para este país la California peninsular, la única que pudimos conservar.

### *Compendio de maravillas*

El tema, en sí mismo de enorme interés, se presta precisamente para la elaboración en torno a él de un *compendio de maravillas*. Hasta donde me ha sido dado, tal ha sido mi propósito al reunir aquí esta suma de mapas, planos, con citas de relatos, diarios, derroteros y crónicas. Personajes, algunos de ellos bien conocidos —Hernán Cortés, el virrey Antonio de Mendoza, el piloto Domingo del Castillo, el conquistador y capitán Juan Rodríguez Cabrillo, el corsario y *Sir* Francis Drake, el navegante Sebastián Vizcaíno, el cosmógrafo Enrico Martínez, el jesuita Eusebio Francisco Kino, el visitador y visionario José de Gálvez y otros muchos más— son los actores en esta historia. Sus nombres y hechos por afortunadas circunstancias van a entrelazarse con los de los más célebres cartógrafos europeos, desde Alonso de Santa Cruz, el autor del conocido *Islario* y estudioso del gran plano de la ciudad de México delineado poco después de la Conquista, hasta los de Sebastián Caboto, Battista Agnese, Giacomo Gastaldi, Bolognino Zaltieri, Gerardo Mercator, Abraham Ortelius, Wilhelm J. Blaeu, Henricus Hondius y otros muchos, además de historiadores y cronistas tales como Francisco López de Gómara y Antonio de Herrera y de compiladores de obras sobre viajes y navegaciones, entre ellos Giovanni Battista Ramusio y Richard Hakluyt.

A quienes atraigan los libros de viajes y aventuras, al modo de aquellos que leíamos en la juventud, como los de Jules Verne o Emilio Salgari, la presente obra habrá de interesar. Mucho de lo que en los libros referidos es fruto de la imaginación de sus autores se ve aquí superado en cuanto a peligros, aventuras y descubrimientos. Los testimonios allegados con las palabras de quienes participaron en las varias empresas, son viva imagen de lo que ocurrió, precisamente en mares hoy mexicanos —en el golfo de California y en el Pacífico— o en las ásperas tierras de la península cuando todavía habitaban en ella los pericúes, guaycuras y cochimíes. Y para quienes, además de los relatos sobre aconte-

ceres poco usuales, sea atrayente la historia de la cartografía, el espejo en que se refleja la imagen de nuestro planeta, será éste un capítulo que, perteneciendo a la historia de México, forma también parte de la universal puesto que trata de la expansión de España y de la cultura occidental, viajes de descubrimiento y encuentros de pueblos.

Es ésta la historia de más de dos siglos y medio de esfuerzos para penetrar en un vasto territorio, disipar errores sobre su realidad geográfica, ampliar el ser de México y completar en la cartografía el perfil más preciso de esta parte del Orbe Novo. Cuando los europeos, buscando una ruta por el poniente para llegar al Asia, se encontraron con el Nuevo Mundo, ocurrió entonces el gran acercamiento, por desgracia en alto grado violento aunque a la postre fecundo, de muchos pueblos y culturas. Se abrió entonces por vez primera la posibilidad, hasta hoy no realizada, de convertir a la humanidad en una gran familia, pobladora de todas las tierras de un mundo en paz. California es de ello un símbolo. Refiere Sebastián Vizcaíno que cuando, en su primer viaje de exploración, en 1596, entró en la gran bahía que Hernán Cortés había llamado Tierra de Santa Cruz, le cambió su nombre por el de La Paz, “porque en ella nos salieron a recibir muchos indios, dándonos lo que tenían . . .”

En la preparación de este libro he adoptado tanto criterios de investigación histórica y cartográfica, como de difusión cultural en el más estricto sentido. Implica ello que, así como me he esforzado por acudir a las fuentes primarias para analizarlas, interpretarlas y darlas a conocer, he querido disponer una obra de fácil comprensión, libre hasta donde es posible, de complicaciones técnicas.

Ello explica que haya limitado las notas a pie de página a proporcionar referencias documentales y bibliográficas y a esclarecer puntos oscuros o términos que lo requieran.

Como en otros casos, en la preparación y publicación de este libro, he recibido el auxilio generoso de no pocas personas. Quiero referirme aquí al menos, a quienes de modo más particular se han interesado en este trabajo y me han prestado su ayuda. Mi colega, el doctor W. Michael Mathes, conocedor profundo de la historia y la cartografía californianas, leyó el manuscrito y formuló pertinentes comentarios que he tomado en cuenta. El doctor Jorge Carpizo Macgregor, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, allanó de varias formas el camino para la presente edición. El ingeniero Jorge Kanahuati, presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales, A.C., ha seguido con gran interés lo tocante a la publicación de esta obra. El doctor Roberto Moreno de los Arcos, director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, me proporcionó, asimismo, su valioso apoyo. A su vez, el ingeniero Federico V. de Lachica, con el entusiasmo y esmero característicos en él, ha cuidado de la edición. La misma ha sido confiada al distinguido impresor Jaime Salcido y Romo. Correspondió al maestro Carlos Ontiveros preparar los mapas con los derroteros de las varias expediciones, estudiadas en el presente libro. A todos ellos reitero aquí el testimonio de mi agradecimiento.

*Miguel León Portilla*

*Ciudad Universitaria,  
diciembre, 1987.*

